

ALEXANDER L. SAMANIEGO

La frustración de Lewis



**Una historia de
sufrimiento e ingratitud**

LA FRUSTRACIÓN DE LEWIS

ALEXANDER L. SAMANIEGO

Copyright © 2020 Alexander L. Samaniego

www.alexsama.com

Todos los derechos reservados.

Para Fabiola, donde quiera que esté...



1. EL CASO DE CARL

En un Paraguay de los años ochenta, la infancia de Lewis no fue tan grata, porque hubo muchas tribulaciones de por medio. Para empezar, nunca conoció a su padre biológico. Él era el hijo único hasta que la madre, Maya, volvió a quedar embarazada; pero el nuevo hijo, Marius, nació muerto. Tan grande fue la depresión de la mujer, que aceptó tener en su casa al primogénito de una prima suya con ciertos problemas mentales.

El hermoso niño, Carl, tenía que haber sido el compañero de juegos de Lewis; pero pasando el tiempo, resultó que este Carl, tal vez por tener una madre con problemas mentales y un padre alcohólico, resultó ser autista. Menuda ironía de la vida. En ese entonces, Maya vivía en la casa de su madre, ubicada en la capital del país.

Carl fue perdiendo su capacidad motriz, y tendía a lastimarse su rostro y cuero cabelludo él mismo. Pero a Carl no lo cuidaba al ciento

por ciento Maya, sino también le ayudaba la madre de Maya, turnándose unos meses en el cuidado. La tarea era difícil, porque el niño era especial, y también desarrolló problemas respiratorios.

Con el pasar de los años, Carl tenía que usar pañales, y constantemente gritaba o de alegría o de tristeza, y ya no podía hablar normalmente, sino que balbuceaba como un niño pequeño; las pocas palabras que podía decir, las decía de manera repetitiva. Lewis, pues, tuvo lo más parecido a un “hermano”, pero se quedó sin el compañero con quien podría jugar.



2. NACIMIENTO DE LUCY

T tiempo después de la muerte de Marius, y luego de la existencia de Carl en la casa, Maya tuvo complicaciones en otro embarazo, y perdió nuevamente al hijo de Edward. Pero estando ella aún delicada y adolorida, él la tomó por la fuerza, y ella volvió a quedar embarazada. Lucy, pues, era el producto de esa violación. Lewis tenía seis años.

Días después del nacimiento de Lucy, estalló en el país un golpe de estado, y la católica familia de Lewis tuvo que ser evacuada temporalmente de la zona donde vivía, ya que estaban a sólo una cuadra y media del batallón donde la actividad militar era más fuerte. Muchos muertos hubo en las calles...

Cuando las cosas volvieron a la normalidad, los años pasaron, pero entre ambos hermanos la más feliz era la niña, ya que su padre biológico era el que vivía en la casa, que no era el padre de Lewis. Al ser ésa la realidad, la que reci-

bía más amor y atención, irremediablemente era Lucy.

A Lewis nunca le dijeron quién era su verdadero padre, sino que le mintieron, diciéndole que era cierto hombre llamado John que vivía allí en el barrio. Al menos no le hicieron creer que Edward, el padre de Lucy, era también el suyo. No, eso no. Edward, siempre se aseguró de que Lewis supiera que él no era “su hijo”. No obstante, Edward demandaba que él le dijera “padre”, por respeto.

La única persona que mostraba amor a Lewis era su madre, Maya, que trataba de darle algunos gustos con juguetes. Pero poniendo en una balanza, en la infancia del niño había más disciplina y malos tratos que cariño. Y para colmo, él debía soportar la incompatibilidad creciente que había entre su madre y Edward, éste último superando casi veinte años en edad a su mujer.

Tal era la desdicha para Lewis, que “el padrastro” se convirtió en el propinador de golpes del niño y de la madre. Para Lewis fue un infierno vivir así, y no veía la hora de crecer y de que con ello todo terminase, aunque muchos años más había todavía por soportar.

Al fin de cuentas, ¿por qué la madre permitía esos tratos a su hijo? ¿Por qué no denunció

a su pareja? ¿Por qué aguantó tanto ella misma? La respuesta estaba en el miedo. Sí, miedo a un ex militar con muchos contactos en la policía y la política del momento, miedo a un hombre que siempre tenía consigo un revólver. Esa arma era la varita mágica con la que él conseguía someter a la mujer, amenazándola para que hiciera todo lo que él quisiera. Varita mágica que ponía en la sien de su mujer para que se le sometiera en todo, hasta en la carne, pese a los deseos de ella.





3. EL DOMINIO DE EDWARD

Lucy era una niña muy histérica de pequeña, tenía los nervios muy sensibles; incluso tendía a sangrarle a menudo la nariz durante su primera infancia. Era muy engreída, porque siempre estaba su papá con ella. Sin embargo, Lewis y Lucy se querían mucho. Es cierto que solían pelear, como es normal en la niñez, y el más castigado entre los dos era Lewis; pero había amor de hermanos entre ellos.

En cierta ocasión en que Lewis había sido travieso, Edward exigió a Maya que como castigo hiciera arrodillar sobre el piso largo tiempo al niño Lewis; y en otra ocasión, exigió que en el piso pusiera sal gruesa, para aumentar el dolor y así lograr que Lewis sea más disciplinado. Las rodillas ensangrentadas del niño seguramente fueron motivo de excitación para el sadismo de Edward, no cabía la menor duda. Lewis no debía mirar con ira nunca, en especial cuando se le regañaba o se le trataba de homo-

sexual, cosa que no era. Y mucho menos debía refutar, porque se le abofeteaba enseguida.

Otra vez, durante un almuerzo, Maya había dicho algo a Lewis, y éste le había contestado con una pregunta, porque ciertamente no entendió del todo lo que le dijo su madre. Edward tomó eso como una falla grave, como si hubiese ofendido a su mujer, y le golpeó en el brazo con el que Lewis comía, y la mano con la cuchara hicieron que el plato se le tumbara encima, empapándose con la comida. El niño lloró no sólo porque le habían pegado sin motivo, sino porque consideraba que el acto de comer era algo sagrado, y se sintió humillado y odiado profundamente. El joven Lewis nunca olvidaría ese suceso.

Cierto día, Lewis estaba jugando con su hermana, y ésta se lastimó accidentalmente porque Lewis lanzó un juguete y su trayectoria coincidió con el lugar donde ella pasó corriendo. Lucy interceptó el juguete con su brazo, y su llanto activó a la bestia que era Edward, el cual tomó la manguera del patio, y propinó con ésta tantos golpes a Lewis, que el niño tuvo unos cuantos moretones en las piernas por varios días.

Muchas veces Lewis tampoco podía ver los programas de televisión que le gustaban, por-

que siempre Edward tenía que ver el fútbol. Lewis no pudo disfrutar plenamente en su niñez de las caricaturas o películas de ciencia ficción, porque “el señor” tenía que ver su “divertido” fútbol, o las “importantes” noticias. Por este motivo, es que a Lewis nunca le gustó ese deporte, y se memorizó todo tipo de comerciales repetitivos que pasaban en ese aparato maldito al que llegó a odiar.

...

GRACIAS POR LEER ESTE FRAGMENTO

[Lewis](#)